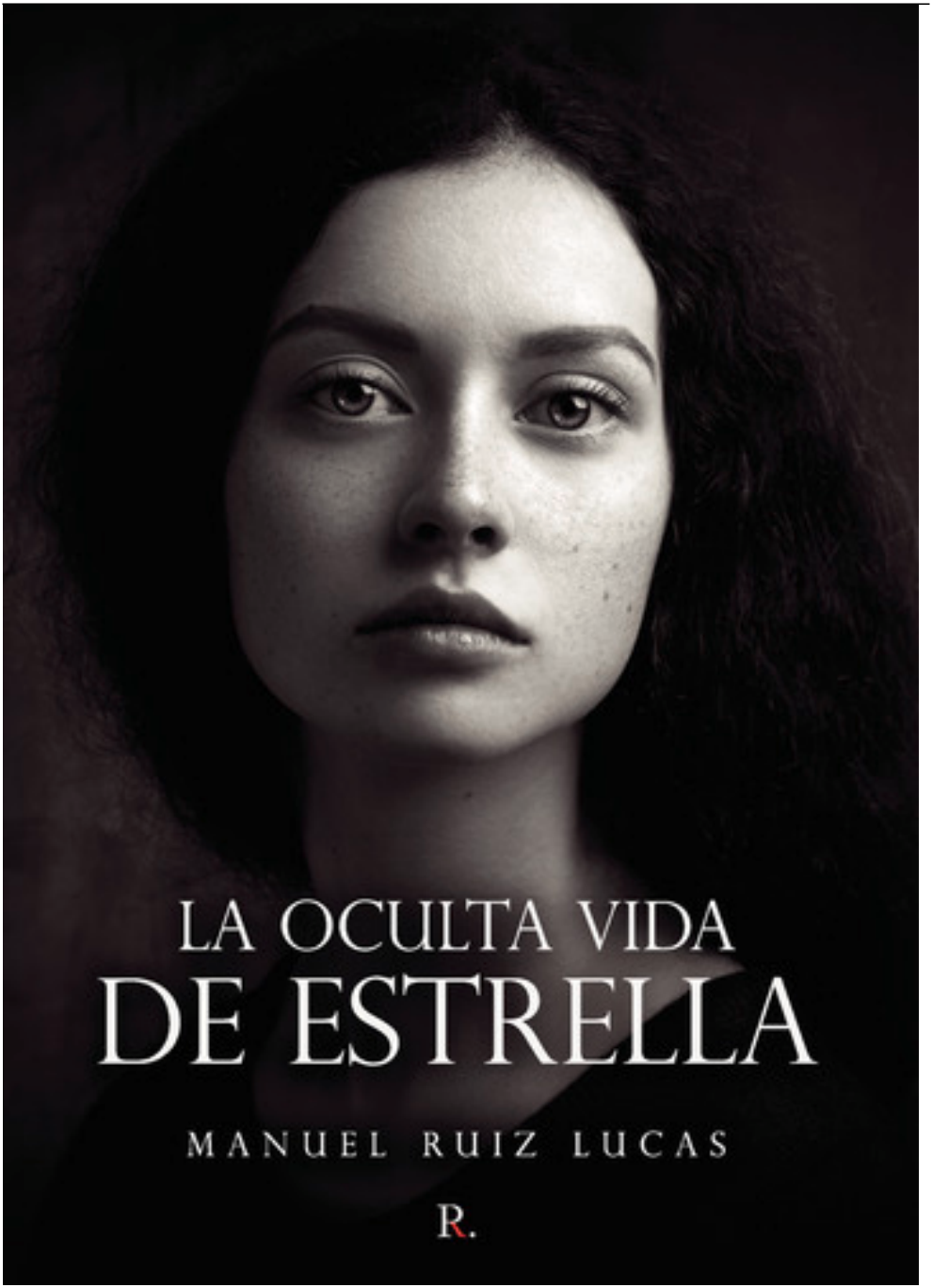
LA OCULTA VIDA
DE ESTRELLA
MANUEL RUIZ LUCAS
R.

A Mariquita, que me enseñó a leer.

Si tú la luz te la has llevado toda
¿Cómo voy a esperar nada del alba?
Claudio Rodríguez

"Haz de tu vida un sueño, y de tu sueño una realidad"
Saint—Exupéry

Manuel Ruíz Lucas

LA OCULTA VIDA DE ESTRELLA

La vida discurría placentera en La Puebla del Monte, con poco más de 3.000 habitantes, las familias vivían, en su mayoría, de las largas jornadas de trabajo que echaban los hombres en el campo para conseguir llevar un jornal a su casa con el que poder alimentarse; las mujeres no salían al campo, cuidaban de la casa, cuando ya tenían edad, además de ayudar en las tareas de la casa trabajaban fuera con alguna familia del pueblo o, la mayoría, se iban a la ciudad que les era más rentable, ganaban más dinero, se ponían "finas" y aprendían lo que en el pueblo no podían, para las mujeres era este trabajo una liberación, porque salían de su casa y del pueblo, aprendían muchas cosas de la vida, aunque les suponía un esfuerzo y mucha nostalgia lo que dejaban atrás, especialmente los padres. En la ciudad las sirvientas estaban "internas" en las casas de la alta burguesía que era quien se lo podían pagar, las 24 horas del día vivían allí, a La Puebla iban un día al mes, algunas, otras se pasaban meses o casi el año sin ir, lo que no perdonaban es no estar a la fiesta de la Virgen de agosto que era la más importante y se podían divertir y hasta encontrar novio, participaban en los festejos, veían a los amigos y amigas, bailaban, iban al cine o tomaban bebidas en los bares; pero si al pueblo no iba durante todo el año, las madres si iban todos los meses a verlas y a cobrar un "dinerito" muy importante para mantener la casa, los novios, las que lo tenían, no pasaban el mes sin ver a su amada y las visitaban en la ciudad, aunque el tiempo de permiso para pasear era muy corto, el que dejaban "los señores" y a la casa no podían pasar para verlas, muchas veces regresaba el novio otra vez al pueblo con la miel en los labios de un paseo muy corto con su novia en la capital, sin saber a dónde ir para tener un poco de intimidad.

La vida tranquila y monótona de La Puebla era compartida en los bares del pueblo por los vecinos, por los hombres de todas las edades, se juntaban para charlar, tomar vinos, o jugar a las cartas o al dominó, las mujeres no frecuentaban los bares, algunas, el día de la Virgen o en Semana Santa acompañadas por el marido o el novio podían entrar a tomar unas tapas. Todos los días había misa a las 7 o las 8 de la tarde según fuera invierno o verano, a la iglesia diariamente iban las mujeres, no muchas, y pocos hombres, juntos hacían un grupo importante de misa diaria, los domingos a las 12 había una misa a la que iban las "fuerzas vivas" del pueblo a pasearse y señorearse juntándose a la puerta antes de entrar, lo más "granado" del régimen, y del dinero, estaban allí, los que lo tenían y los que debían aparentar, con frecuencia se podía ver cada domingo "el corrillo" formado por el alcalde, el jefe de falange, el comandante del puesto de la guardia civil, el juez de paz, el director de las escuelas y algunos otros influyentes en la vida local, las mujeres entraban y los maridos departían, de caza, del tiempo o de los beneficios que para España traía la paz de Franco. El tema más frecuente de conversación en los bares o cualquier tertulia, era el trabajo, lo poco que se ganaba, las horas que se hacían muy largas en el campo, en las fincas de los terratenientes, para después llevar a casa cuatro gordas y si llovía no se trabajaba y no se cobraba, pero si el que hablaba tenía pequeñas fincas propias que sembraba no le iba mejor, unos años porque llovía poco y el trigo y la cebada ni se podía segar, otros por demasiada lluvia no había nacido bien, la conclusión era que del campo se mal vivía y nunca la cosa sería mejor, el Servicio Nacional del Trigo le compraba el producto y fijaba el precio. Algunos estaban pensando en emigrar, ya se conocía que los que se habían marchado a Bilbao, Barcelona, Madrid o a las minas de Asturias, les estaba yendo bien, primero habían trabajado en la construcción, pero poco después en fábricas o talleres, lloviera o hiciera frío trabajaban siempre y no perdían salario,

estaban asegurados, tenían médicos y cada 15 días el "sobre", se podía tirar para adelante, pero aquí en el pueblo ¿Qué hacemos? Hay que pensarlo. Esto está cada día peor. Estos comentarios de bar y de calle iban añadidos con las compras de comida en los comercios del pueblo, muchas veces no se podía pagar al contado y se lo fiaban a cuenta de cuando se cobrara, o cuando vendieran la cosecha, lo que para algunos era muy dura la situación.

Si el trabajo era muy comentado en las tertulias, no era menos frecuente las charlas sobre la cacería, había mucha afición en La Puebla, la caza menor era muy abundante, los conejos y perdices llenaban los cotos, a los que era difícil entrar si no se hacía de furtivo. En aquellos cotos que al dueño solo le interesaba la cacería de perdices o caza mayor, menos abundante, para invitar a gente muy importante de Madrid, hacían descastes todos los años, era frecuente que vinieran los "ceperos" y cazaran 3.000 o 4.000 conejos, en los meses que ponían los cepos en una finca, cercano al verano, suponía un ingreso importante para el dueño y para los trabajadores de los cepos. Aunque descastaran miles de conejos, en el término municipal quedaban muchos para disfrute de los amantes de la cacería, bien en "los baldíos", bien en las fincas acotadas cuando se les invitaba o bien de furtivos; los furtivos eran muy numerosos y los guardas de las fincas y la guardia civil los perseguían constantemente, terminaban en el cuartel, le quitaban la caza y la escopeta además de una multa difícil de pagar, cierto que había algún guarda e incluso guardias civiles que hacían "la vista gorda". Nemesio estaba considerado como el que más caza mataba, era diestro en colocar lazos y entrar de furtivo por la noche o por el día, con la luz de luna o con noche oscura en los cotos, pero siempre cazaba y vendía conejos para cualquier casa o fiesta, tenía fama de buen cazador, lo era, pero fanfarroneaba de su habilidad

demasiado, la mayor parte de sus ingresos procedía de la caza furtiva, no tenía trabajo estable y con ello "tiraba palante".

—El que más caza mata y el que más mentiras cuenta añadía Juan el Bigote con un vaso de vino en la mano, bueno, pero ¿quién de los que salimos al campo puede decir que no cuenta mentiras?

Al bar de la Plaza llegaban no sólo los cazadores, también venían los jornaleros fueranos o no cazadores, pero la mayoría se dedicaban a criticar y chismorrear sucedidos o anécdotas de sucesos pasados en el pueblo, casi siempre líos de "furtiveo" o de faldas, que no eran verdad, pero se convertían en bulos que pasado el tiempo la bola se pinchaba, se olvidaba y llegaban otros con otra historia falsa pero que se seguía alimentando en las tertulias. Era la vida de un pueblo en la época dura del franquismo con la falta de libertades propia de la época y el nulo fomento de la cultura, que imponía una vida de propaganda del régimen y la obligatoriedad de practicar la religión católica como adoctrinamiento que impregnaba todo. Lo normal era que los que hablaban tuvieran la precaución de quién podía escucharlos, y casi todos renunciaban a hablar de política y de la dictadura que se sufría por miedo a que las conversaciones llegaran al cuartel o a los falanges a través de los varios somatenes que hacían de chivatos.

Un suceso de caza muy comentado fue el acaecido en la finca de El Misleo, una de las más grandes del término y con mucha caza. Nemesio había estado cazando toda la noche, al salir de madrugada de la finca lo estaba esperando Raúl, el guarda, la cacería había sido grande como casi siempre cuando salía de noche a cualquier coto por él escogido, 26 conejos llevaba para su casa en el zurrón, con la venta pensaba, podía comprar algunas cosas necesarias. Raúl y Nemesio eran amigos de siempre, muchas veces le había dicho

—No te preocupes, Raúl, nunca te molestaré, ya que somos amigos iré a "furtivear" a otro sitio, yo puedo matar los que necesite sin tener que molestarte

—Yo te lo agradeceré, así seguiremos como amigos. Ten presente que si me comprometes y se entera el dueño me pueden despedir y mi familia sufriría las consecuencias.

Esta madrugada se llevó una sorpresa Raúl cuando se lo echó a la cara, tuvieron una bronca grande, se amenazaron, hasta que le dijo

—Te voy a llevar al cuartel, Nemesio, no puedo permitirte lo que me has hecho. Fíjate que me habías prometido que nunca me comprometerías y ahora te has pasado toda la noche matando conejos.

—Tú, me vas a llevar al cuartel con lo que han sufrido en el cuartel nuestras familias en la guerra y después, precisamente al cuartel; tú, que tienes las ideas contrarias al trabajo que haces, pero tienes que comer, tú, que dices que estos ricos de los cotos nos maltratan todo lo que pueden constantemente, tú, no me puedes llevar al cuartel. Llevarme al cuartel es quitarme la comida de mi familia que son estos conejos que le sobran a tu jefe, que él no los quiere para nada, que vive en la ciudad lejos de nuestros problemas sabiendo que su finca está cuidada por ti, con un pobre salario, y por la guardia civil, hoy precisamente he venido aquí porque era el único lugar donde yo sabía que podía llevar a mi casa el dinero que necesita mi mujer por un problema inmediato de un pago y no tenemos ni un duro, los conejos, tu jefe, tu "señorito", no los quiere para nada en su Madrid donde vive y viene aquí a divertirse, a matar perdices, a ver por tres gordas como hacemos de ojeadores, de perros echándole la caza, para disfrute de toda su "plebe" de amistades, las señoritas de "buenas familias" no

quieren conejos porque como sabe que es lo que nosotros, los pobres, cazamos, los desprecian. No lo podría entender. No te hago en el cuartel denunciándome por haber matado al rico de tu jefe 26 conejos. Si vas, el comandante del puesto se alegrará porque yo haya caído, sabes que me odian por mis ideas lo mismo que a ti, me persiguen constantemente, te dará una palmada en la espalda por el "buen servicio" que has hecho, buen servicio para quién, para los ricos y poderosos, ellos saben que no eres de "los suyos" pero le habrás hecho un favor y en la próxima cacería el comandante del puesto se divertirá invitado por "el señorito" por ello ¿ Quieres ser colaborador de este régimen opresor que tenemos con el franquismo colaborando con la guardia civil?

La reflexión aplacó el genio de Raúl, se sentaron en sendas piedras y comenzaron con un dialogo que nada tenía que ver con lo anterior, comenzaron a fumar un cigarro liado del "cuarterón" de Raúl, otro y otro, se intercambiaban, ahora fumaban de la petaca de Nemesio, salían historias escuchadas a sus madres cuando después de la guerra fueron llamadas al cuartel de la falange del pueblo y fueron peladas, rapadas, humilladas por aquellos bestias. El padre de Raúl fue asesinado por "rojo", lo único que había hecho era trabajar mucho para su familia, alguna vez había asistido a los mítines del partido cuando venían de la capital a pedir el voto para las elecciones, no había participado en las tomas de fincas ni había militado, había apoyado mentalmente a los republicanos que tenían la razón de las urnas; mataron al padre y humillaron a Casilda, la madre, que "mejor mujer de su casa" no la había en todo el pueblo; Casilda desde que mataron al marido vestía de luto y prácticamente no salía de su casa, cuánto dolor, cuánto sacrificio y trabajo para sacar adelante la casa, siempre despreciada y humillada por los falanges. El padre de Nemesio tuvo más suerte en el último momento, subido ya en el camión junto a otros hombres

buenos que no volvieron, se enteró la madre y acudió corriendo a casa del Alcalde a contarle que llevaban a su marido, era sirvienta en su casa; con rapidez el Alcalde se acercó al camión cuando ya arrancaba y consiguió bajarlo con el susto metido en el cuerpo, que lo tuvo en la cama dos semanas, pero se salvó. Los dos hombres siguieron contándose algunas cosas más y recordando sucesos que le habían sucedido a amigos suyos, también terribles, pero que como decían en La Puebla, no había habido más muertes porque el cura había conseguido pararlas, que si no habría habido tantas como en cercanas localidades. Siguieron hablando de las penalidades de algunas familias del pueblo, los niños desde pequeños trabajando en el campo y sin poder ir a la escuela, no había habido suficientes escuelas ni maestros, todo estaba en contra de los pobres, en un régimen que trataban de hacer propaganda de las bondades que había traído la victoria de Franco. A pesar de todo, su infancia, ellos la entendían como muchos de sus amigos, como muy feliz, jugaban por las tardes noches en las calles y en la plaza a diversos juegos, no pasaban hambre aunque no hubiera abundancia, en los juegos participaban las niñas y trataban de ver lo que tenían debajo de sus enaguas, aunque no lo conseguían; recordaron muchas anécdotas de ellos y de los amigos, de sus primeros escarceos amorosos, de sus primeros besos, de cómo algunos de su edad que no habían ido mucho a la escuela volvieron de la mili sabiendo leer y escribir y con el Certificado de Escolaridad ; recordaron sus tiempos de regulares en Melilla donde habían servido los dos pero en diferentes años, Raúl tenía tres años más, la mili había sido una época muy recordada por la propaganda de la Dictadura, muchos hombres de La Puebla era el primer y único viaje largo que habían hecho en su vida.

El puesto de guarda de Raúl estaba muy bien remunerado, era quizá el que más ganaba de todas las fincas, además del salario, las

cacerías de perdices de las que se daban dos o tres al año le suponía unos ingresos extra, ya que si había abundancia de perdices, que siempre había, recibían él y la mujer una gratificación muy importante de los Marqueses y de algunos de los cazadores invitados. A las cacerías venían gente "muy importante" de Madrid, la alta sociedad estaba invitada y les gustaba venir para sentirse alguien, si además caían muchas piezas de caza, los Marqueses quedaban muy contentos. La mujer debía ponerse guantes para servir cualquier cosa a los marqueses, le molestaba mucho, le repugnaba, pero no tenía más remedio.

Raúl y Nemesio, se pusieron en pie, reconocieron lo mal que lo habían pasado al encontrarse esta mañana, pero después disfrutaron contando los problemas que habían sufrido sus respectivas familias y otras buenas familias de trabajadores de La Puebla. Nemesio le dijo que no volvería a comprometerlo, que si algún día necesitaba ir a cazar conejos a la finca, por una necesidad, se lo comunicaría y si podía lo haría pero si él le decía que ese día no podía, tan amigos; se iban a dar la mano, pero Raúl le dijo dame un abrazo de amigo y de compañeros de las penas compartidas por nuestras familias, además tenemos las cosas muy claras con estos ricos de los cotos y con las actuaciones de los falangistas de este régimen que sufrimos, así como de los guardias civiles que los tienen a su disposición. A ver si cambia la tortilla.

—Fíjate, con la ofuscación estuve a punto de llevarte al cuartel, le hubiera dado una alegría muy grande al sargento que varias veces andando por aquí, me ha dicho que debo estar corto de vista, que yo no veo ni los furtivos ni los huidos que andan por el monte; me ha prometido regalarme unas gafas, si ahora yo me presento al cuartel, me diría que mi vista ha mejorado, y se alegraba; en todo el tiempo que llevo aquí no he llevado a nadie al cuartel, los demás guardas de la zona si han denunciado a furtivos, incluso lo han

hecho de hombres ocultos que han visto sin identificarlos, que se esconden para no caer en manos de los falanges, y que de madrugada algún día viéndose muy forzados han llamado a mi casa para pedir comida, le hemos dado todo lo que podíamos, especialmente pan, chorizo y tocino que era lo que más le interesaban, afortunadamente mi mujer piensa como yo de estos fascistas. A los guardias les preocupa más que yo no le diga nada de los "Huidos" que de los cazadores que entran en el coto, pero nunca "veré uno"

En las grandes cacerías organizadas, los cazadores de la ciudad venían de juerga, de fiesta y de caza a El Misleo, algunos de los asistentes llegaban a la finca por líos de faldas entre ellos, venían con la querida aunque pareciera que no tenían nada que ver o que eran simplemente amigos, la esposa había quedado en Madrid o u otro lugar, era una buena disculpa para "una cana al aire", lo único que querían era divertirse mucho y a fondo, mucha diversión, olvidarse de la ciudad y de sus trabajos allí, pegar entre más tiros mejor, a los secretarios de los puestos no les daba tiempo a cargarle las escopetas, algunos traían hasta tres escopetas para no dejar de pegar tiros cuando pasaba el bando grande de las perdices, recargadas constantemente por el secretario, algunos secretarios eran tan hábiles que el del puesto pedía el mismo de una vez para la cacería siguiente, y para tenerlo contento le daban una buena propina; su ilusión era tirar muchas perdices y volver a Madrid o Bilbao, de donde eran la mayoría, a contar la aventura, mitad verdad mitad fantasía. Remedios, esposa de Raúl, cuidaba el caserío, para que estuviera limpio a gusto de la Señora Marquesa, que lo debía encontrar perfecto, cuando llegaban el Sr. Marqués la saludaba con palabras agradables, tanto a ella como a Raúl, la Señora Marquesa le hacía un saludo seco y seguía a sus aposentos con antipatía, altanería y el "pescuezo estirao"; Remedios lo tenía muy claro, ella era educada y estaba en su sitio, que nunca le pudieran decir que

algo estaba sucio o fuera de orden, de la comida se ocupaban los cocineros que siempre la hacían excelente, a gusto del Sr Marqués, según les decía, pero siempre le faltaba sal u otros condimentos, o la carne era dura o los garbanzos estaban poco cocidos para la Sr. Marquesa. Todo había que aguantarlo por el salario que se necesitaba, pero la antipatía era correspondida muchas veces con la misma moneda, en cierta ocasión el Sr. Marqués le dijo

—Remedios, la Señora Marquesa me dijo ayer que usted la había respondido con mucha sequedad de palabra al saludo. Pero no se preocupe, yo la conozco y tengo que aguantarla, y se lo seca que suele saludar, aunque ella no se dé cuenta. Su trabajo aquí está muy bien y para mí que soy el dueño me parece estupendo, trate de ser educada como siempre, que todo va muy bien.

Los días de las cacerías de perdices en El Misleo, Remedios coordinaba las comidas, los cocineros la hacían, pero ella planificaba junto a otras mujeres venidas de La Puebla todo, el servicio a los cientos de personas que participaban, los de las escopetas de los puestos de cazadores, los secretarios venidos de La Puebla, los ojeadores y algunos empleados de la finca, pastores o labradores. La comida corriente era un "guisote" de patatas con carne y un gran pote de garbanzos, tocino, morcilla y chorizo, y mucho vino de la tierra; comida en abundancia como quería el Marqués para que todos se fueran contentos.

Durante la comida que podía durar varias horas, las conversaciones entre los venidos de fuera se referían a la situación económica y política de España, en su mayoría si no era la totalidad, eran admiradores de la paz y el progreso establecido por El Caudillo en España. Al Sr. Marqués le escuchó Raúl decirle a un ministro, que había participado en una cacería "El Caudillo se está esforzando por mejorar España, pero hay un grupo de indeseables que están

en contra de todo lo que hace, es el contubernio masón— comunista dirigido por Rusia, ¡Ay!, si Franco no hubiera triunfado, ni nos dejarían ir a misa" y añadió " El Marqués de Villaverde que iba a venir me dijo a última hora que no podía precisamente por una cita familiar con el Caudillo, si hubiera venido nos diría algo de cómo van las cosas por El Pardo". Por último, dijo "He invitado al Caudillo a una cacería de perdices en El Misleo, sería un honor recibir a tan gran persona que tanto está haciendo por La Patria". Una mujer muy bien "plantá", con varias plumas en el sombrero, que estaba escuchando la conversación con mucho interés, dijo: "Qué gran honor poder venir a cazar donde cazara el Caudillo". Siguió escuchando Raúl manifestaciones a militares de alta graduación, altos cargos del régimen, de falange, banqueros, grandes empresarios, diplomáticos, etc. Todos alababan al Caudillo, lo bien que iba España y como los "rojos" no tenían nada que hacer y no podrían destruir su obra. Raúl escuchaba dolido aquellas palabras, se acordaba de su padre y su madre, callaba, tenía que comer y vivir, pero en su interior sabía que aquellos sólo buscaban lo suyo, su buena vida, y que alrededor de la finca había decenas de guardias civiles ese día para defender a una clase de personas a la que ni él ni Remedios pertenecían, lo mismo que todos los trabajadores que hacían posible la diversión de esa clase social dominante que llegaba a divertirse con los problemas solucionados, buenos colegios, buenos médicos, altos sueldos, para ellos la vida era fácil.

La ganadería era una actividad de cierta importante en La Puebla del Monte, muchas grandes fincas tenían vacas, ovejas, cabras o cerdos ibéricos para cebar con bellotas, para todas estas actividades se necesitaban trabajadores del pueblo, pero muchos de estos empleos eran de temporada y mal pagados; algunas familias también tenían sus propios rebaños de cabras u ovejas, pero eran muy pocas, que pastaban en los campos fuera de los latifundios, allí

donde podían. En las fincas solían vivir durante todo el año las familias que allí trabajaban con sus hijos lo que impedía que fueran a la escuela al pueblo. Los dueños de las fincas solían vivir en Madrid, o en otra ciudad, venían algunos fines de semana o en época de caza cuando se organizaba alguna cacería, si estaban por la finca acudían puntualmente a misa a La Puebla toda la familia, no así la de sus empleados, el cura le daba la comunión y muy hábil, después de la misa le sacaba dos temas para él preocupantes, las necesidades económicas de la parroquia y que los empleados de las fincas no podían llevar una vida cristiana por no poder asistir a misa los domingos por vivir lejos, y además, lo más grave, no podían confesarse ni comulgar. Con estas charlas consiguió que D. Jaime, el dueño de La Garriga, finca de más de 1.500 hectáreas, diera una importante cantidad de dinero para poder quitar los reclinatorios que llevaban las mujeres de su casa para sentarse y sustituirlos por bancos de madera muy cómodos, el párroco en la misa le agradeció el donativo lo mismo que a otros colaboradores, pero se olvidó recordarles que no tenían escuela los niños del campo, que las casas de las fincas no reunían cualidades como vivienda familiar y que los salarios eran de miseria.

La Puebla del Monte también tenía algunos agricultores que labraban sus pequeñas fincas propias o alquiladas con una pareja de mulos, cuando recogían el grano, trigo cebada o centeno, la parte que le sobra del consumo propio lo entregan al Servicio Nacional del Trigo (SNT) que se lo paga al precio oficial. También había unos pequeños comercios de alimentación, alguna carpintería, panadería o ferretería, para suministros de las necesidades familiares; además de unos pocos funcionarios municipales y del Gobierno que componían un pequeño grupo de personas que podían salir económicamente adelante en La Puebla, en esta época de tantas penalidades.